

CORREO DE LAS LETRAS

¡ANDA



¡Anda, Platero, llévame hasta la flor del camino, tan tierna y tan débil y fina, en su vallado triste, salva de impureza alguna!

¡Anda, Platero, tú, tan pequeño, peludo, suave, concúceme por el paisaje grana de los crepúsculos!

¡Vamos, burrillo de acero y plata de luna, deja que con tus ojos, cual dos escarabajos de cristal negro, vea yo el gran panal de luz de la amanecida, y el agua con estrellas del pozo viejo, en las noches diamantinas!

Tú, Platerete, tú sólo, tierno y mimoso como un niño, como una niña..., pero fuerte y seco como de piedra, sabrás conducirme, sin que me pierda hasta el mundo lírico del niño grande que montó su alma en tu grupa.

¡Vamos, Platero, hacia el verso rosa y oro, hacia el verso desnudo, sin túnica, de Juan Ramón, tú, que eres sueño, mariposa, lirio!

Otoño de 1907. Platero ha nacido; las orejas en punta cual dos cuernos de pita.

Platero tiene un trotecillo largo. Va a las viñas con su dueño.

Y el poeta le dice, entre descanso y paseo:

«¡Qué pura y qué bella, esta flor del camino! Pasan a su lado todos los tropeles, — los toros, las cabras, los potros, los hombres —, y ella, tan tierna y tan débil, sigue enhiesta, malva y fina, en su vallado triste, sin contaminarse de impureza alguna. ¡Ay! ¿Qué le diera yo al otoño a cambio de esta flor divina, para que ella fuese diariamente el ejemplo sencillo de nuestra vida?»

El poeta había ya escrito mucho, desde 1898, hasta la fecha en que nació Platero.

— PATIO —

SILENCIO.

Solo queda
un olor de jazmín;
lo único igual a entonces,
a tantas veces, luego,
¡sin fin de tanto fin!

(de «Primeras poesías»)

— NOCTURNOS —

La luna me echa en el alma
honda, un agua de deslumbre,

que me la deja lo mismo
que un pozo templado y dulce.
Entonces, mi fondo, bueno
para todos sube, sube
y abre, al nivel del prado
del mundo, su agua de luces.

(de «Arias tristes»)

— PARQUE DOBLE —

¿Hay arañas carceleras
de los bosques encantados?
. . . Y los troncos, a la lumbre
que decae, van pasando...
Por la sombra, medias almas,
todo piensa, en gesto lánguido,
— alejado sueño fijo
de fantásticos acuarios —:
araucarias, magnolieros,
tilos, chopos, lilas, plátanos,
— ramas de humo, mustias nieblas —,
aguas ciegas, — plata, rasos. —

(de «Jardines lejanos»)

La luna es, entre las nubes,
una pastora de plata,
que, por senderos de estrellas,
conduce manadas cándidas

(de «Pastorales»)

Creímos que todo estaba
roto, perdido, manchado...
— Pero, dentro, sonreía
lo verdadero, esperando —.

(de «Olvidanzas»)

— CANCION NOCTURNA —

¡Allá va el olor
de la rosa!
¡Cógelo en tu sinrazón!
¡Allá va la luz
de la luna!
¡Cógela en tu plenitud!
¡Allá va el cantar
del arroyo!
¡Cógelo en tu libertad!

(de «Baladas de Primavera»)

Y escribe más y más; de lunas, de jazmines, de estrellas, de rosas. . . hasta que en 1914 firma, en Madrid, el prólogo de «Platero y yo», en el cual formula un nuevo deseo:

«¡Isla de gracia, de frescura y de dicha, edad de oro de los niños; siempre te halle yo en mi vida, mar de duelo; y que tu brisa me dé su lira, alta y, a veces, sin sentido, igual que el trino de la alondra, en el sol blanco del amanecer!»

Estas dos promesas, estos dos deseos, ligados a Platero, símbolo de lo puro bueno, no han sido nunca traicionados por Juan Ramón Jiménez. Ha sido flor, siempre flor a la orilla del camino, pese al tropel del camino. Y ha sido alondra; alondra de lira alta y, a veces, sin sentido.

Es bueno llegar a ser lo que se ha querido ser. Pre-